

## Confidencia e infidencia en las relaciones entre analistas\*

*Adriana Díaz de Márquez*

Las relaciones entre analistas constituyen una constante preocupación para sus propias instituciones ya que el lazo social que entre ellos se establece tiene efectos directos tanto en los consultorios como en sus periferias, e influye de manera decisiva en las perspectivas que tiene el psicoanálisis de subsistir. Buscando bibliografía para este encuentro llegó a mis manos una revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina que publica los trabajos presentados en el simposium anual de 1959, cuyo tema era, precisamente, las relaciones entre analistas. En aquella oportunidad todos los ponentes coincidieron en señalar que hay ciertos matices en nuestra actividad que nos diferencian de otros grupos profesionales y configuran una cierta especificidad en el contenido y la expresión de las situaciones conflictivas que se nos plantean.

Al respecto Marie Langer (1959) consideraba que trabajamos muchas horas en alcobas ajenas y en un clima de incesto. Por su parte, León Grimberg (1959) afirmaba que el aislamiento y el déficit de comunicación determinan que el analista tenga una avidez particular por el suministro de estímulos provenientes del afuera y se sienta inclinado a querer enterarse de lo que pasa con sus colegas, muy especialmente si los sucesos que pretende conocer tienen alguna conexión directa o indirecta con él. Estas referencias confirman que la preocupación por dilucidar el origen del malestar en nuestras instituciones tiene larga data.

Ha sido objeto de reflexión la tendencia del analista a compartir con otros el material propio del análisis. La búsqueda de interlocutores para estos conteni-

\* Presentado el 6 de mayo de 2000 en el Foro "Humor y rumor en las instituciones psicoanalíticas" organizado por la Sociedad de Candidatos de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas.

dos comprende comunicaciones necesarias y adecuadas para la formación, el desarrollo y el sostén de la función terapéutica, tales como las supervisiones, los intercambios formales e informales entre colegas, los trabajos científicos, publicaciones, congresos, etc. Todos estos elementos que constituyen la trama interpersonal e institucional que sustenta la actividad del profesional pueden ser considerados como su sistema protector.

Sin embargo, ciertos estímulos del campo intersubjetivo pueden ser de cualidad y magnitud tal que, sumándose a otras condiciones, resulten desestructurantes para el analista. Recordemos que nos estamos refiriendo a alguien que debe desarrollar una profesión calificada de “imposible”, expuesto a tolerar aquello que para el otro es intolerable con los consiguientes riesgos de actuación. En este sentido la infidencia del analista sería un acto sintomático al que contribuyen diversos factores (entre ellos, la escasa experiencia y los puntos ciegos) que delata un pretendido control omnipotente sobre un contenido que desborda los límites del sistema protector y precipita la eclosión de la angustia.

Al hablar de infidencia me refiero tácitamente a la confidencia, una de las características de nuestra práctica que nos obliga a ser depositarios de verdades ajenas. Hablo de verdades en plural porque el psicoanálisis cuestiona el concepto de verdad como universal, más bien propone justamente lo contrario: una verdad para cada sujeto a la que se llega mediante una tarea individual cuyo resultado será la construcción y el desciframiento de una clave singular.

Ya que nada de lo humano escapa a la subjetividad, la verdad no podía ser una excepción. Desde una disciplina como la semántica cognitiva (Najmanovich, D., 1966), que reconoce los efectos de la singularidad tal como lo hace el psicoanálisis, la idea de verdad es la de una instancia dentro de un proceso que incluye la comprensión, la pertinencia y la relevancia. Una vez que los individuos están de acuerdo con el producto de cada uno de estos pasos se puede decir que esto o aquello es verdad. Siguiendo esta lógica el fenómeno del rumor se originaría en una de las dos instancias intermedias del proceso, es decir, en la no pertinencia o en la irrelevancia.

Quiero resaltar la idea de que un rumor no es necesariamente una mentira, y a mi entender debe su fuerza a que se origina justamente en el mismo proceso que conduce a la verdad. En realidad se trata de cierta producción comunicacional que ha tomado una vía paralela. Este decir no relevante y no pertinente, y a menudo impertinente, que cubre toda las posibilidades de interacción porque se dice de alguien, con alguien, contra alguien y para alguien, es, en mi opinión, un síntoma derivado de la lucha contra la angustia.

Teniendo en cuenta que sería la angustia el origen común de la infidencia y el rumor, resulta útil establecer bajo qué aspecto la considero. Freud (1919) se refería en su artículo “Lo ominoso” a una impresión horrorosa que se relaciona con situaciones desde siempre conocidas y que surge en la vida cotidiana cuando los complejos infantiles reprimidos son despertados brutalmente. De esa impresión, a la vez familiar y extraña que es la angustia, Lacan (1962) comenta que no se produce ante la pérdida del objeto, sino por la presencia del mismo en un lugar donde no se lo espera. Es decir que el niño no se angustia ante la ausencia de la madre, ya que la falta lo constituye como sujeto; la angustia aparece cuando la madre está todo el tiempo encima. El niño percibe en la demanda de la madre la puesta en acto del deseo materno para cuya satisfacción es requerido. Desde esta perspectiva la angustia no sería la señal de lo prohibido sino de la tentación. El niño angustiado, para no ceder ante la demanda materna, demanda a su vez. Metafóricamente este aspecto de la dinámica madre-niño es aplicable al adulto en relación con su grupo de pertenencia, el cual funcionaría, dependiendo de su grado de evolución, como una madre fascinante y amenazante simultáneamente.

Se ha dicho (Lacan, 1962) que el neurótico quiere que se le suplique, pero no quiere dar nada a cambio, porque lo único que tiene para dar es su angustia. Pero si bien no da su angustia ofrece su síntoma. Si el analista se ve expuesto a vivir en un clima enrarecido -como señalaban los colegas en 1959- cabe pensar que se angustia no tanto por sentirse excluido sino requerido, ya que el grupo se convertiría en un objeto susceptible de satisfacer la pulsión. Por lo tanto, los síntomas del rumor y la infidencia constituyen una respuesta a la excitación a la que se ve sometido. Para esquivar las tentaciones se producen demandas. No es casual que se demande amor en diferentes versiones (aceptación, pertenencia, respeto, prestigio, poder), ya que el amor implica tolerar las diferencias y aceptar los límites.

Justamente para ofrecer un escenario adecuado a tales demandas, creamos instituciones y prometemos someternos a las leyes del grupo, manteniendo a raya a la criatura caprichosa que habita en cada uno de nosotros. Me refiero a esa criatura indómita que se siente dueña de la única verdad, que habla desde la certeza, que reclama sus pretensiones por derecho divino y que siempre está dispuesta a caer en tentaciones. A pesar de las medidas de protección que podamos establecer, la interacción humana despertará inevitablemente en el seno de esas mismas instituciones tan afanosamente construidas, a la criatura caprichosa individual que reclamará para cada quien derechos sin restricciones. He aquí la inevitable paradoja nacida del permanente encuentro y desencuentro entre Edipo y Narciso.

Sabemos que la institución es la principal perjudicada por los efectos del rumor y la infidencia entre sus miembros, de allí la imperiosa necesidad que tenemos de establecer los dispositivos más adecuados para protegerla de un posible descrédito. Es un hecho observable que tanto el rumor como la infidencia delatan una falta de pudor, lo que no deja de ser significativo tratándose de psicoanalistas. Si bien la regla fundamental a la que hemos estado sometidos como pacientes es la de decirlo todo, se hace necesario recordar que dicha regla no tiene otro objetivo que el de confrontarnos con la falta (Brodsky, 1990). Sin embargo, podríamos pensar que el haber sido entrenados en semejante confrontación nos haya vuelto propensos al exhibicionismo y lo ejerzamos como si se tratara de un mérito. De hecho la abanderada del psicoanálisis, la histérica, exhibe su falta sin pudor, pero estamos obligados a diferenciarla del exhibicionismo menos atractivo de algunas patologías. Así como Freud (1915) destacaba la falta de vergüenza del melancólico, es un dato de la clínica el impudor del esquizofrénico. Esta reflexión pretende alertarnos sobre el hecho de que nos exhibimos cada vez que participamos en el rumor, pero debemos tener en cuenta que una cosa es exhibir la falta (la propia o la ajena) cuando se tiene la castración en el horizonte, y otra es aquella actitud impúdica que confirma la imposibilidad de algunas estructuras de acceder al orden establecido. Lamentablemente este tipo de actitudes exhibicionistas son demasiado frecuentes en nuestro medio. Mantenernos en alerta es fundamental si consideramos que todo grupo psicoanalítico comienza por tener una estructura de tipo familiar, que se ve obligada a modificarse con la llegada de nuevos miembros, para no caer en las graves patologías inherentes a la formación de subgrupos endogámicos.

Se hace evidente la necesidad de mantener abiertos los canales instituidos para la comunicación con el fin de facilitar la crítica y la autocritica entre los miembros. Pero conviene aclarar que mantener abierta la comunicación no implica mantenerse a salvo de los fenómenos transferenciales. Me refiero tanto a la transferencia que surge por amor como a la que surge por odio, a la positiva y a la negativa. Sin embargo, a mi entender, cualquiera que sea la cualidad del vínculo, mientras se mantenga una transferencia de trabajo, una transferencia hacia un objetivo común, la institución va por buen camino, independientemente del clima más o menos armonioso que se respire entre sus integrantes.

No es la adaptación a una buena convivencia el objetivo de una institución científica, aunque la armonía no deja de ser deseable y recomendable. El verdadero problema estriba en la desaparición de las transferencias, en la disolución de los vínculos, cuando se instala la indiferencia bajo distintos ropajes

pero con una sola consecuencia: si el Otro no tiene nada que interese, cae en el olvido. La transferencia negativa, en cambio, puede ser muy fructífera en lo que se refiere a producción científica. El odio, en sus diferentes manifestaciones, puede ser lúcido si se mantiene en un marco de desconfianza hacia el saber del Otro. Esa misma desconfianza produce una vigilancia de las ideas que resulta sumamente útil para nuestra disciplina.

Para finalizar quiero hacer referencia a la tesis de un estudioso del imaginario grupal como Didier Anzieu (1975) quien sostiene que los individuos van a los grupos de la misma forma que al dormirse entran en el sueño. Para este autor un grupo implica la realización del deseo inconsciente, con su característico matiz incestuoso. Y por este camino llega a una conclusión en mi opinión perturbadora: desde el punto de vista de la dinámica psíquica, un grupo es un sueño.

Teniendo en cuenta este concepto y parafraseando al poeta considero que si “toda la vida es sueño”, dependerá de nosotros que aquel sueño de crecer como profesionales a través del debate y la confrontación de ideas no se nos convierta en pesadilla.

## Referencias

- Anzieu, D. (1975). “El grupo y el inconsciente”. Capítulo 3. Madrid: Biblioteca Nueva, 1993
- Brodsky, G. (1990). “La barrera del pudor” en *Acerca de la ética en psicoanálisis*. Buenos Aires: Ediciones Manantial
- Freud, S. (1915). *Duelo y Melancolía*. Vol.14. P. 23. Buenos Aires: Amorrortu, 1990
- \_\_\_\_\_, (1919). *Lo Siniestro (Lo Ominoso)*. Vol.17. P. 215. Buenos Aires: Amorrortu, 1990
- Grimberg, L. (1959). Palabras de apertura. *Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina*. Tomo XVI. Buenos Aires, 1959.
- Lacan, J. (1962). Seminario 10. La Angustia. Clase 4. Lacan 2000 CD-Rom. Buenos Aires: Ediciones Electrónicas.

Langer, M. (1959). "Ideología e idealización", en *Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina*. Tomo XVI. Buenos Aires, 1959

Najmanovich, D. (1966). "Nuevos paradigmas en el campo de la subjetividad". Conferencia dictada en la Sociedad Argentina de Psicodrama. Inédito.

© Adriana Díaz de Márquez

Quinta La Milagrosa. 2ª Transversal

Urb. La Castellana. Caracas, Venezuela

e-mail: a1952@telcel.net.ve

## Resumen

---

La autora señala que las particularidades de la actividad de los psicoanalistas determinan cierta especificidad en los conflictos que se les plantean. Tanto el rumor como la infidencia se cuentan entre los síntomas más comunes de las instituciones psicoanalíticas, siendo la angustia el elemento común que desborda los límites del sistema protector. Por tal razón se la considera en este trabajo desde una nueva perspectiva con el fin de ampliar la observación de los fenómenos interpersonales.